

Viaje de invierno

1. Buenas noches

Como un extraño he venido
y como un extraño me voy.
Mayo meció para mí
sus ramilletes de flores.
La niña habló de amores,
la madre de matrimonio...
mas ahora el mundo es sombrío
y el camino está oculto por la nieve.

No puedo para mi viaje
elegir el tiempo.
El camino habrá de guiarme
en esta oscuridad.
Mi sombra, proyectada por la luna,
es mi única compañía,
y sobre la blanca alfombra
busco las huellas del venado.

¿Para qué quedarme aún
hasta que se me expulse?
¡Qué aúllen los perros
ante la casa del amo!
El amor ama el vagar,
Dios lo ha dispuesto así,

ir de un lugar a otro...

¡bella amada, buenas noches!

No interrumpiré tu sueño

ni turbaré tu reposo;

no oirás mis pasos,

suavemente cerraré la puerta,

y al salir escribiré

buenas noches, en el portal,

para que así sepas

que he pensado en ti.

2. La veleta

El viento juega con la veleta

sobre la casa de mi bella amada.

Y en mi ilusión pensé

que silbaba al pobre fugitivo.

Debería haber advertido antes

el escudo al frente de la casa,

y así jamás habría buscado

en ella un fiel rostro de mujer.

Dentro de mí el viento juega con el corazón,

como en el tejado, aunque no tan rudo,

¿Qué pensarán de mi dolor?

Su hija es una novia rica.

3. Lágrimas heladas

Heladas gotas
por mis mejillas ruedan.
¿Acaso sin notarlo
habré llorado?

Ay, lágrimas, lágrimas mías,
que tan tibias sois,
¿os convertiréis en hielo
como el rocío matinal?

Pero brotáis de la fuente
del pecho tan ardientes,
¡como si quisierais fundir
todo el hielo del invierno!

4. Congelación

En vano busco en la nieve
las huellas de sus pasos,
cuando ella de mi brazo
cruzaba el verde prado.

Quisiera besar el suelo,

penetrar hielo y nieve
con mis ardientes lágrimas,
hasta ver la tierra.

¿En dónde encontraré una flor,
en dónde hierba verde?
Las flores están muertas
y el prado está marchito.

¿No he de llevarme pues
de aquí ningún recuerdo?
¿Si mis dolores callan,
quién me hablará de ella?

Mi corazón está helado
y fría en él su imagen;
si el corazón se fundiese,
su imagen también se esfumaría.

5. El tilo

Junto al pozo ante la puerta
hay un hermoso tilo,
bajo cuya sombra tuve
muchos dulces sueños.

He grabado en su corteza

muchas palabras de amor,
y en el dolor y en la alegría
siempre me atraía.

Hoy hube de pasar
en la profunda noche,
y aun en la oscuridad
he cerrado los ojos.

Y sus ramas murmuraban,
cual si me llamaran:
Ven a mí, compañero,
que aquí hallarás reposo.

Helados vientos soplaban
de frente en mi cara,
voló el sombrero de mi cabeza,
pero no volví la vista.

Ahora estoy muchas horas
lejos de aquel sitio,
mas siempre oigo susurrar:
¡Allí hallarías reposo!

6. Inundación

Muchas lágrimas de mis ojos

han caído en la nieve;
sus helados copos beben
sedientos la cálida pena.

Cuando la hierba vaya a brotar
soplará entonces tibio viento,
el hielo se derretirá en témpanos,
y se fundirá la blanda nieve.

Nieve, tú que conoces mi tristeza,
dime, ¿a dónde correrás?
Sigue tras mis lágrimas,
que pronto te llevará el arroyo.

Con él recorrerás la ciudad,
de alegres calles aquí y allá,
y cuando sientas arder mis lágrimas,
allí estará la casa de mi amada.

7. Sobre el río

Tú, que tan alegre murmurabas,
río claro y montaraz,
cuán quieto estás ahora
y no quieres hablarme.

Con dura y rígida corteza

te has cubierto ya.

Frío e inmóvil yaces
en la arena extendido.

En tu superficie grabo,
con afilada piedra,
el nombre de mi amada,
con la hora y el día:

El del primer saludo
y el día en que partí,
y nombre y fechas
forman un anillo roto.

Corazón, ¿en este arroyo
no reconoces tu imagen?
¿Acaso bajo su corteza
no ruge algo con violencia?

8. Mirada atrás

Arden las plantas de mis pies,
aunque lo que piso es hielo y nieve,
pero quisiera no tomar aliento
hasta que no vea ya las torres.

He tropezado en todas las piedras,

tanto me apresuré a salir de la ciudad;
las cornejas arrojaban nieve a pedazos,
de todos los tejados sobre mi sombrero.

¡Cuán diferente me recibiste,
oh ciudad de la inconstancia!
En tus relucientes ventanas cantaban
la alondra y el ruiseñor en competencia.

Los robustos tilos florecían,
las aguas claras susurraban,
pero ¡ay! brillaron dos ojos de muchacha,
¡y ahí fue todo, compañero!

Me viene al pensamiento aquel día,
y quisiera una vez más mirar atrás,
quisiera entonces regresar
y detenerme silencioso ante su casa.

9. Fuego fatuo

En las profundas cañadas rocosas
me acechaba un fuego fatuo.
Cómo encontrar una salida,
no era difícil para mí.

Habituado estoy a la errancia,

y toda senda lleva a su meta:

Nuestras alegrías y nuestras penas,
¡todo es el juego de un fuego fatuo!

Por el cauce seco del torrente de la montaña
voy bajando lentamente...

Toda corriente llegará el mar
y toda pena a la tumba.

10. Descanso

Solo ahora, cuando reposo,
siento cuán cansado estoy,
pues el vagar me llevaba alegre
por inhóspito sendero.

Mis pies no pedían descanso,
hacía mucho frío para detenerse,
mi espalda no sentía la carga
y la tormenta me ayudaba a seguir.

En la estrecha casa de un carbonero
he hallado albergue,
pero mis miembros no descansan,
de tal modo arden sus heridas.

Y tú, corazón mío, en lucha y tormenta
tan fiero y tan osado,
en el silencio sientes que tu gusano

con ardiente aguijón te roe.

11. Sueño de primavera

Soñé con coloridas flores,
cual florecen en mayo;
soñé con verdes praderas
y con alegres cantos de pájaros.

Mas cantaron los gallos
y se abrieron mis ojos;
todo estaba frío y oscuro
y chillaban los cuervos en el tejado.

¿Y en los cristales de la ventana,
quién ha pintado hojas?
¿Acaso reiréis del soñador
que ha visto flores en invierno?

Soñé con el amor correspondido,
con una hermosa muchacha,
con corazones y besos,
con encanto y felicidad.

Mas cantaron los gallos,
se despertó mi corazón
y ahora aquí sentado, solo,
pienso en el sueño.

Cierro los ojos de nuevo,
aún late cálido el corazón.
¿Cuándo reverdeceréis, hojas, en la ventana?
¿Cuándo tendré en mis brazos a mi amada?

12. Soledad

Como nube sombría
que va por el aire sereno,
mientras en las copas de los pinos
una suave brisa sopla,

así voy por mi senda,
con pesados pies,
por la vida clara y alegre,
solo, sin a quien siquiera saludar.

¡Ah, y el aire tan calmado!
¡Ah, y el mundo tan luminoso!
Cuando rugían la tormentas,
era menos desdichado.

13. El correo

En la calle suena una trompa de correo.
¿Por qué late tan fuerte
corazón?

El correo no traerá carta para ti,
¿por qué, pues, te inquietas tanto,
corazón?

Mas el correo viene de la ciudad
en donde yo tenía una bienamada,
¡corazón!

¿Vas a salir entonces a mirar
y a preguntar cómo anda todo allí,
corazón?

14. La cabeza gris

La escarcha un brillo blanco
ha esparcido en mis cabellos;
creí entonces ser ya un viejo
y me he alegrado mucho.

Pero pronto la escarcha cayó,
y de nuevo tengo negro el cabello,
que me horroriza de mi juventud...
¡cuán lejos aún estoy del féretro!

Del crepúsculo a la aurora
muchas cabezas han encanecido.

¿Quién lo creyera? Y la mía no lo fue,
¡en este largo viaje!

15. La corneja

Una corneja ha venido
conmigo desde la ciudad,
y sigue sin cesar
volando sobre mi cabeza.

¿Corneja, extraño animal,
no vas a abandonarme?
¿Piensas que pronto aquí
harás presa de mi cuerpo?

Pues que no iré mucho más lejos
sobre mi bastón de caminante,
¡corneja, dame al fin que vea
fidelidad hasta la tumba!

16. Última esperanza

Aquí y allá en los árboles
se ven hojas de colores,
y me quedo ante los árboles
a menudo pensativo.

Y miro una hoja

como si pendiera de ella mi esperanza;
juega el viento con mi hoja
y tiemblo a más no poder.

Pero ay, si la hoja cae a tierra,
la esperanza cae con ella,
yo mismo caigo al suelo
y lloro sobre la tumba de mi esperanza.

17. En la aldea

Ladran los perros, crujen sus cadenas;
duermen las gentes en sus lechos,
sueñan con lo que no poseen
y disfrutan de lo bueno y de lo malo:
Mañana todo se habrá desvanecido,
pero han disfrutado su parte,
y esperan que lo demás
lo hallarán de nuevo en sus almohadas.

Ladrad más y más, perros guardianes,
no me dejéis descansar en las horas de sueño.
Mis sueños ya han llegado a su fin,
¿para qué demorarme entre los durmientes?

18. La mañana tempestuosa

¡Cómo ha desgarrado la tempestad

el manto gris del cielo!
Jirones de nubes flotan
alrededor en sorda lucha.

Y encendidas llamaradas
se mueven entre ellas:
¡Esta es una mañana
en armonía con mi espíritu!

Mi corazón ve en el cielo
pintada su propia imagen;
¡no hay como el invierno,
el feroz y frío invierno!

19. Ilusión

Una luz danza amistosa ante mí,
y yo la sigo aquí y allá;
con gusto la sigo y la contemplo,
pues embelesa al caminante.
¡Ay! quien como yo es tan mísero,
se entrega a la colorida seducción,
que entre el hielo, la noche y el terror,
quizás le indique una casa luminosa y cálida,
y en ella un alma querida...
¡pero solo ilusión es lo que obtengo!

20. El poste indicador

¿Por qué evito los caminos
por do van los otros caminantes,
y busco ocultos senderos
por nevados peñascos?

Pues nada he cometido
que me avergüence ante los hombres,
¿qué loco afán entonces
me empuja a lo desértico?

Hay postes en los caminos,
que señalan a las ciudades,
mas yo vago sin rumbo
y sin paz, buscando paz.

Un poste veo erguirse
inmóvil ante mi vista,
y un camino debo seguir,
del que nadie ha regresado.

21. La posada

A un cementerio me
ha traído mi camino.

Aquí he de albergarme,
pues así lo he decidido.

Verdes coronas fúnebres,
bien podéis ser la señal
que a los cansados caminantes
invite a esta fresca posada.

¿Pero están en esta casa todos
los cuartos ocupados?
Cansado estoy a desmayar
y herido ya de muerte.

Oh despiadado albergue,
¿entonces me rechazas?
¡Adelante, pues, adelante,
mi fiel bastón de caminante!

22. Valor

Si la nieve cae en mi cara,
pronto me la sacudo.
Si el corazón se queja en el pecho,
cantaré alto y alegre.

No oiré lo que me diga,
no tengo oídos,

no escucharé sus quejas,
quejarse es de necios.

¡Alegre iré por el mundo,
contra viento y temporal!
¡Si no hay Dios en la tierra,
nosotros mismos somos dioses!

23. Los otros soles

Tres soles había para mí en el cielo.
Mucho y fijamente los contemplé,
y estaban ellos tan fijos
cual si no quisieran irse de mí.
¡Pero ay, no sois ya mis soles!
¡Vedlos para otros en su cara!
Sí, hace poco tuve tres,
y los dos mejores se ocultaron.
Si el tercero también se apagara,
¡mejor me sentiría en la oscuridad!

24. El organillero

Allá tras de la aldea
hay un organillero,
que con rígidos dedos
toca lo que puede.

Descalzo sobre el hielo
va de aquí para allá,
y su pequeño plato
siempre vacío está.

Nadie quiere oírlo,
nadie lo mira,
y los perros gruñen
en torno al viejo.

Y él deja pasar
todo como sea,
toca, y su organillo
nunca está callado.

Viejo singular,
¿puedo ir contigo?
¿Querrás para mis cantos
tu organillo hacer girar?